

El amuleto

Daniel Moreno López



Image not found.

Capítulo 1

Llevo tantos años en la oscuridad, tantos años sumido en los más absolutos silencio y paz que me desagrada enormemente cuando “la puerta maldita” (que no está tan maldita) se abre y, con las antorchas más extrañas que he visto jamás, aparecen ras ella unos hombres, iluminando la estancia.

Me desagrada aún más cuando el hombre del sombrero extraño, con pose orgullosa y mirada de victoria escudriña la sala con la mirada. Estos hombres no tienen derecho a entrar en la cripta de mi Rey (aunque me regocija pensar en la horrible maldición que caerá sobre todos ellos). En cierto momento, encuentra lo que está buscando: a mí. El gran Amuleto Imperial, creador y destructor de Imperios. Su mirada muestra admiración hacia mí (y no me extraña, no es para menos), parece que, por fin, tras tantos años, alguien requiere de mis servicios. Sin embargo, le dice algo en un idioma que desconozco a otro de los hombres y se aleja. ¡Vuelve aquí! ¡Juntos podemos hacer grandes cosas! ¡Podemos gobernar mundo!

Dos hombres con guantes me sujetan y, con sumo cuidado, me introducen en una caja acolchada, digna de mi posición. Así me gusta que me traten. Posiblemente me lleven a la cámara real, donde pueda pasar horas cargando mis energías con el futuro gran emperador... ¡de Europa! ¡O incluso de Oriente! Gracias a mi...

¿Eh?! ¿Qué hacéis? ¡No cerréis la tapa ridículos ignorantes! ¡Que no veo! ¡Yo os maldigo a todos! ¡Os maldigo tres veces! ¡A vosotros y a vuestros hijos! ¡Ojalá sufráis mil años de dolor!

Siento movimiento en el exterior. Me trasladan, por suerte (para ellos) sin trompicones. Después oigo el ruido como de una fiera gritando y noto movimiento a mi alrededor. ¿Estaremos huyendo? Como se nota que aún no conocen mi poder...

Por mucho que huimos no dejo de oír a la bestia, debe de ser veloz y temible. Incluso más fuerte y furiosa cada vez. Noto varios trotes y giros y, finalmente, paramos y la criatura deja de gritar. Sin embargo no me sacan aun de la caja. No sé cuánto tiempo pasa hasta que lo hacen, no tengo una verdadera concepción del tiempo, pero cuando por fin veo la luz es una que nunca antes me ha rozado. Una luz blanca y fría, como toda la sala que me rodea.

Con sumo cuidado un hombre, con la cara y las manos tapadas, me extrae de la caja y me deposita en una urna transparente bastante incómoda. Sin embargo, es agradable lo que pasa después. Durante lo que calculo que son varias semanas, me limpian muy delicadamente, me extraen cada macha de barró y el polvo que se queda pegado tras miles

de años en mi metal. No le pediré a mi futuro amo que les extermine.

Tras este tiempo, me vuelven a meter en la caja y, en lo que para mí es solo un segundo, me vuelven a sacar. Llegó el momento de conocer a mi poderoso nuevo rey. Visto lo visto, y todos los medios que ha usado para traerme, debe ser un grandísimo emperador con muchísimos súbditos. Ya me lo estoy imaginando cuando, ¡oh, pobre de mí! ¡Me vuelven a encerrar en una caja! Por suerte, esta vez es transparente. ¡Pero no puede ser! ¡Soy el gran amuleto! ¡Convierto a hombres en dioses, sucios insectos! ¡No puedo estar aquí encerrado!

Y si mi enfado es ya titánico, estalló en furia cuando me doy cuenta de que a mi alrededor hay... ¡otras asquerosas joyas! ¡Ni siquiera se puede llamar a eso bisutería a mi lado! ¡Piedras! ¡Eso son! ¡Simples piedras a mi lado! ¡Pienso derruir este edificio! ¡Pienso reducir a polvo estas baratijas! ¡Y pienso maldecir a los que me han hecho esto...! Cuando salga de aquí.

Me veo obligado a ver cómo, día tras día, unos estúpidos vasallos posan sus caras contra el invisible material para observarme mejor. Todos ellos caerán bajo el influjo de mi maldición.

Por suerte, una noche, alguien se cuelga en el edificio. Tres hombres vestidos de negro rompen mi urna y me sacan junto al resto de joyas. Seguro que los mejores hombres del amo del reino más cercano. Han venido en conocimiento de mi poderosa presencia, lo sé. Perfecto, seguro que allí me tratan mejor.

A uno de ellos le brillan los ojos al verme. Me sujeta entre sus manos y me cuelga de su cuello. Me halaga que alguien al fin comprenda mi verdadero valor. Por desgracia este hombre no tiene el poder para recargarme y me desagrada su débil tacto de simple súbdito, así que me alegro cuando, ante lo que parece un reproche de uno de sus compañeros, me separa de su cuello. Por todo lo que repiten esa palabra, llego a la conclusión de que son súbditos del rey "Dinero". No me alegro tanto cuando me vuelven a meter en otra caja. ¡Junto a las otras joyas! Intento respirar hondo cuando recuerdo que estoy hecho de metal y no respiro. ¡Qué sinsentido! ¡Estoy obligado a estallar en una ira que no puedo sofocar! ¡No sin poder!

No ha cesado aun mi cólera cuando abren de nuevo la caja para meterme en un lugar peor incluso que la vitrina. Es un lugar pequeño y oscuro, parecido a la tumba donde vivía antes. Pero sin un todopoderoso rey al que servir. Hay algunas humedades, que podrían estropear mi metal; y no me limpian con la suficiente frecuencia para el polvo que hay aquí, lo que podría arañar mi joya. Son unos incompetentes...

En algún momento, entra un hombre a la habitación. No le conozco, no es ninguno de los que me secuestró. Para mi sorpresa, me coge entre las

manos y me introduce en una bolsa de plástico. Pensé que ya no le importaba a nadie.

Este hombre tampoco tiene el verdadero poder, desde luego no es el señor Dinero. Aunque espero que por fin me lleven hasta él. Necesito recargar mi poder. Salimos de la edificación y entremos en un carro, sin caballos, que hay justo delante de la puerta. Totalmente negro, el carruaje de un rey. O eso pienso antes de entrar al interior y encontrarme con un hombre gordo, que porta uno de los trajes de gala de esta época (ropajes rígidos, pelo falso, soga al cuello...) y un diminuto sombrero, inconfundible, desde luego, con una corona.

Sin embargo cuando me sostiene entre sus manos lo siento, de nuevo. Esa sensación, como si el poder del fuego y el rayo y los océanos fluyese entre los dos. Él es el señor Dinero, lo noto.

Sin perderme de vista, le entrega al otro hombre una caja negra y estrecha y este sale del carruaje. Después me cuelga de su cuello y, por fin, puedo recargar toda mi energía de nuevo. Sé que juntos podríamos dominar el mundo. Yo le haré Rey, o incluso Emperador. ¡O algo mayor incluso...!

Pero no es así. Tras llevarme a su palacio, muy pequeño y poco señorial, me vuelve a introducir en una caja transparente. ¿Qué problema tienen ahora los reinos con las cajas transparentes? Este capullo ignorante solo me quiere para inflar su colección privada. Puto gordo estúpido... ¡Pero no sabe quién soy yo! Ahora que he recuperado mi poder, podré escapar de este patético reino de débiles de almas.

Con los poderes de Tatenen, hago el suelo temblar y la vitrina cae al suelo, rompiéndose en pedazos. Ahora debo llegar hasta la ventana, ¿pero cómo? Andar consume demasiada energía, así que debo pensar otra cosa. ¡Aja! ¡Pelusas, el gato del Rey Dinero! Al menos algunas cosas no han cambiado... He estado hablando con él los últimos días. Esa obesa y majestuosa criatura será mi salvación. Con el poder de Bastet le controlaré.

Habilidosamente camina sin clavarse las esquivas producidas por la destrucción de mi prisión y me atrapa con los dientes. Después, salta sobre la mesa y me deja en el alféizar. Tras su buen trabajo, le liberó de mi control. Debo planear mi siguiente paso antes de... mierda. Mierda, el gato me observa con "esa mirada". ¡NO! ¡No, no, no! ¡Para! ¡No me tires! ¡Nooooo! Con un solo golpe de su blanda patita me arroja al vacío. No se puede confiar en felinos.

Joder, tengo que pensar rápido. ¡Un golpe de viento! ¡Eso es, un golpe de viento! ¡Oh, poderoso Amon, ayúdame una vez más! Una fuerte ráfaga de viento me deposita sobre un enorme carruaje que gritaba como aquella

fiera. ¡Lo logré! ¡Soy el ser más poderoso de este planeta! Subo mi temperatura para deshacer el metal y caigo al interior del carruaje. En su interior hay cientos de cajas. El reino de las cajas. Para pasar desapercibido me dejo caer al interior de una de las cajas. La que percibo me llevará de vuelta a casa. Ya me siento más tranquilo, así que lo mejor será descansar para gastar la menor energía posible.

Me despierto de un golpe. Conozco esta sensación, estamos navegando. ¡Sí! ¡Eso significa que vuelvo a casa! Pero algo va mal. Normalmente el mar no es tan violento. Siento como cae al suelo el paquete en el que voy. Y también noto como el material del que está hecho se empapa y el agua empieza a filtrarse. ¡Por todos los dioses! ¿Qué tienen contra mí? ¿Por qué me aflige esta aciaga suerte?

En pocos minutos la sala ya está totalmente sumergida. Suerte lo de no necesitar respirar. Mala suerte lo de no poder flotar. Suerte de poderes sobre los océanos. Mala suerte de gasto energético. ¿Pero qué opción tengo? Así que uso el poder del dios Proteo y formó una corriente de agua que me arrastra hasta la tierra. ¡Oh, amado continente! ¡Oh, hogar, ya estoy a punto de llegar! Pero debo esperar. Necesito que alguien me encuentre, me niego a gastar más energía ahora.

Por suerte, tras algún tiempo (apenas un segundo para mí), un joven me encuentra. Le brillan los ojos, creo que tiene intención de venderme; pobre hombre ingenuo. Debo abandonarle.

Nos subimos a su carruaje y cabalgamos por un camino que va en dirección a mi hogar. Lo siento cada vez más cerca, estoy ahorrando toda mi energía para este último momento que sé que va a llegar. Cuando ya estamos muy cerca, el carruaje se desvía. Lo tenía calculado, al fin y al cabo, tengo una capacidad estratégica superior a la de cualquier humano; así que creo una ráfaga de viento y salgo por la ventana, sin que el hombre se dé cuenta. Trato de apurar lo máximo posible la corriente de aire, pero, finalmente caigo al suelo. Es la hora. Un último esfuerzo. De mi base despliego unas pequeñas patitas y camino, despacio, en línea recta. Puede parecer una estupidez, pero los collares no estamos hechos para movernos por nosotros mismos, esto es agotador.

Ya lo siento, ahí está, a diez metros. A nueve. Pero, joder, estoy tan cansado... Ocho. Siento que jamás voy a llegar, después de todo, a lo mejor no soy tan poderoso... Siete. Parece que necesito a esos débiles y patéticos humanos, al fin y al cabo, ¿podré morir? Seis. Siempre he estado protegido en cuellos, mazmorras o cajas. Nunca me ha podido pasar nada. Pero aquí estoy, al Sol, sin nadie que me de energía. Quizás sí que pueda. Cinco. Y si lo hago, nadie me recordará, a nadie le importará. No aparezco en la historia, nadie conoce mis poderes. Seré una simple conspiración, un rumor entre la marea de conversaciones y yo estaré aquí, olvidado, un mero reflejo en la infinitud del desierto. Cuatro.

¡Demonios! ¿Quién fue el imbécil que decidió darle conciencia a un collar? ¿Qué clase de rufián incompetente hace algo así? ¿Con qué fin? No soy capaz de entenderlo. Tres. Solo un poco más, venga, por favor. Un poco más para regresar al olvido, en esa cueva, donde soy feliz, colgando del cadáver putrefacto de algún Rey prepotente. Dos. No puedo. NI quiero. No tengo más fuerzas. Y además, ¿para qué? ¿Qué sentido tiene todo esto? ¿Por qué debo volver? Ni siquiera es una tumba para mí, solo soy un objeto decorativo. Uno. No puedo moverme. Se me acabó la energía. La mayor arma jamás creada así acaba. La historia del derroca-imperios, este es su fin. Y no hay gloria ni reverencias para mí. Solo arena, que me entierra con el paso de los años...

Aghaa caminaba por el desierto, famélico, desterrado. El calor golpeaba su espalda con fuerza y constancia y él no podía más. Cayó al suelo de rodillas. Era el fin, se rendía. Su hogar, su familia, no podía hacer nada por ellos, ya no.

Se dejó caer desplomado sobre el suelo. En su cadera sintió algo duro, enterrado. Supuso que era una piedra, pero una fuerza superior a él le obligó a buscarlo con sus manos. Estaba muy caliente, parecía metálico. E inmediatamente una energía recorrió todo su cuerpo y le permitió levantarse. No entendía cómo funcionaba, pero ese collar tan brillante le había salvado la vida. Sintió como era el verdadero poder. Y se sintió bien.

Aquella noche llovió en el desierto.